

DISUASION EN EL MAR

Por

Geoffrey TILL

Catedrático en Historia

Real Academia Naval, Greenwich



LOS planificadores navales siempre se enfrentan con alternativas en diseños de buques y construcción de flotas que parecen excesivamente complejas. Pero esto es particularmente efectivo para quienes toman decisiones sobre la forma de las Armadas en la era nuclear. ¿Para qué clase de guerra, o qué forma de campaña tienen que construir? ¿Será una guerra larga o corta; nuclear o no nuclear; costera o de alta mar? Las posibilidades parecen interminables.

En el caso británico, la inestabilidad económica ha agudizado la dificultad de decidir cuáles son las eventualidades más probables para las cuales hay que prepararse. Pero, además, está el problema que atormenta a todos los que reflexionan sobre la finalidad del poder naval en la era nuclear. Esto concierne a los efectos posibles de la innovación tecnológica sobre el uso y composición de las Armadas del presente y del futuro. ¿Hasta qué punto las operaciones navales convencionales y los conceptos tradicionales de la guerra en el mar son apropiados en la era nuclear?

Hace mucho que existe esta polémica sobre la relación que hay entre armas nuevas y estrategias antiguas. ¿Son los principios de guerra eternos e inmutables

o van alterándose fundamentalmente con el correr de los años a medida que nuevas armas aparecen y desaparecen? Nunca se hace más crítico este problema que cuando se considera la disuasión en el mar.

La disuasión en el mar es la versión marítima del deseo de influir en la conducta de alguien demostrándole que el costo de sus acciones puede ser más alto que los beneficios. Puede estar proyectada para influir en él de modo que haga algo o que no lo haga; compulsión y disuasión no son más que dos caras de la misma moneda.

Como componente de la estrategia marítima, la disuasión tiene dos variantes: disuasión marítima general convencional y disuasión nuclear. Los ejemplos de la primera en tiempo de guerra son innumerables. Durante la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, la mera existencia de la gran flota en Scapa Flow afectó considerablemente la conducta de la flota alemana de alta mar. De igual manera, la amenaza ejercida por el "Tirpitz" en el norte de Noruega disuadió a los británicos de enviar convoyes a Rusia equipados únicamente para hacer frente a los ataques de submarinos y aviones. El "Tirpitz" también impidió que los británicos enviaran las unidades pesadas de la "Home Fleet" a realizar misiones en otras partes. Los submarinos alemanes, por su

parte, eran disuadidos de atacar un convoy por el despliegue y la cantidad de buques de escolta que los resguardaba.

“El arribo seguro y oportuno . . .”

En todos estos casos la batalla ganada bien pudo ser la que no se inició. Por ejemplo, el arribo seguro de un buque mercante sin ser atacado constituía la verdadera victoria y no la cantidad de submarinos enemigos hundidos. Los dos aspectos del caso, por supuesto, estaban estrechamente relacionados por cuanto el poder de disuasión de la escolta era un reflejo de la capacidad que había demostrado para destruir submarinos. La credibilidad de una amenaza está profunda, aunque no exclusivamente, ligada a la efectividad técnica de las armas con que se cuenta para hacerla realidad.

Recientemente el almirante Zumwalt dijo al Congreso: “La Armada Soviética . . . como una Armada que apoya a una nación cuyos intereses vitales son los de una potencia terrestre, está concebida principalmente para impedir que la Armada de los Estados Unidos realice sus misiones”. Aunque una capacidad tal sólo podría quedar demostrada en una guerra, su potencial puede ser —y ha sido— explotado para influir en la conducta de potenciales oponentes y terceras partes en tiempo de paz. El despliegue de fuerzas navales en tales circunstancias puede disuadir a un potencial oponente de seguir cursos de acción capaces de provocar un enfrentamiento. Un concepto como éste fue la razón de la construcción de la Armada alemana de von Tirpitz antes de la Primera Guerra Mundial. “Si tenemos éxito en crear una flota de combate contra la cual la de Inglaterra no sea suficiente como para descartar la posibilidad de una derrota, sólo en ese momento tendremos importancia como poder naval”, escribió uno de sus oficiales. Tirpitz creía que se podía disuadir a Gran Bretaña de entrar en un conflicto político o militar con Alemania por el temor de que una guerra entre ambos países echara por tierra sus posibilidades de mantener el standard de doble potencia sobre Francia y Rusia.

Aunque mirando hacia atrás queda demostrado que esta política estaba mal orientada, por lo menos corrobora la noción de que la disuasión marítima, como

medio de influir en la conducta de otra nación, constituye la línea divisoria entre paz y guerra. Las Armadas ayudan a un país a resguardar sus objetivos políticos o militares tratando de disuadir al adversario de emprender vías de acción obstructivas tanto en paz como en guerra.

La disuasión está estrechamente ligada con la idea de poder naval, y no es un elemento separado de la estrategia marítima. Las operaciones de disuasión marítima en tiempo de paz se confunden un poco con las diversas formas de la “Diplomacia de las Cañoneras”. Durante la guerra están incluidas dentro de actividades tradicionales tales como confirmar el dominio del mar o proteger el comercio. Los buques disuaden simplemente porque son útiles en papeles conocidos y tradicionales como éstos. En consecuencia, la disuasión marítima no es una función del poder naval lo suficientemente específica como para ayudar a los estados mayores navales a decidir qué clase de buques se deben construir. En resumen, es ejercida por buques diseñados para alguna otra cosa.

El problema de diseñar buques para la disuasión se complica por el hecho de que bien puede haber conflictos entre los requisitos de disuasión de tiempo de paz y aquellos relativos a las diversas funciones disuasivas de las Armadas en guerra. Por ejemplo, a veces se alega que aunque los submarinos nucleares pueden ser vitales para la conducción de guerras, tienen sin embargo, en la jerga del oficio, una baja utilidad política en tiempo de paz. Los buques apropiados para una forma de disuasión pueden no serlo para otra.

La disuasión marítima general es indiscutiblemente naval, por cuanto sus operaciones, como se ha demostrado, están gobernadas por una lógica interna que deriva de la naturaleza de la guerra en el mar. Sin embargo, muchos observadores niegan que esto sea aplicable al componente nuclear de la escala de disuasión marítima. Por el contrario, sostienen que la variante especial de la disuasión que tiene relación con la operación de fuerzas nucleares estratégicas en el mar es naval solamente por el hecho de ser una tarea que realiza actualmente la Armada, pero no necesariamente en forma permanente.

Esencialmente no naval. . .

La operación de las fuerzas Polaris, dicen, tiene pocos vínculos reales con otras fuerzas navales o con los conceptos tradicionales de la estrategia naval. Su financiamiento separado, un sistema único de adquisición, e incluso la costumbre de referirse a los submarinos nucleares balísticos como "bombarderos" revelan su carácter no naval. En realidad, la fuerza Polaris es una fuerza autónoma cuyos componentes están concebidos para operar estrictamente por su cuenta. Parafraseando a un general del período entre ambas guerras, "aparecerán desde cualquier parte, dispararán sus misiles sólo Dios sabe dónde y desaparecerán nuevamente. . .". Los aumentos de distancia y los perfeccionamientos de diseño sobre todo, posiblemente tenderán a dar mayor realce a esta necesaria cualidad de los submarinos lanzamisiles. A menos que haya un espectacular e inesperado avance técnico, el balance entre el submarino nuclear balístico y sus diversos cazadores puede que siempre permanezca a favor de una nave que explota la natural opacidad de los océanos. En breves palabras, los submarinos portadores de misiles balísticos, son diferentes de la verdadera Armada, porque navegan en misiones independientes, probablemente indetectados y por cierto sin ser protegidos por otras fuerzas navales convencionales.

Además, los submarinos Polaris sirven esencialmente para fines no navales. En primer lugar, están diseñados para disuadir ataques sobre el territorio y para influir en el curso de una batalla terrestre en áreas vitales, tales como Europa Occidental. Lo hacen amenazando con un asalto directo sobre la voluntad política y la capacidad industrial del enemigo.

En el pasado, las Armadas sólo podían lograr tales propósitos por medios indirectos. Algunas veces esto podía hacerse destruyendo o neutralizando la flota de batalla del enemigo. El motín de la Flota de Alta Mar en 1919, por ejemplo, contribuyó mucho a minar la voluntad y capacidad del Imperio Alemán para continuar con la Primera Guerra Mundial. El bloqueo británico en esa guerra y el bloqueo estadounidense de Japón en la Segunda Guerra Mundial son otros ejemplos de las presiones importantes y sin embargo indirectas que las Marinas pueden ejercer sobre el territorio nacional del

enemigo. Hasta entonces, sólo los ejércitos o las fuerzas aéreas invasoras han sido capaces de atacar directamente al enemigo, pero con sus submarinos lanzadores de misiles balísticos, parece que las Armadas también han entrado en este campo.

El hecho de que los submarinos Polaris no puedan ser usados realmente para funciones navales indiscutibles y la falta de orientación ofrecida por la literatura de estrategia naval sobre su operación, refuerzan la impresión de que la tarea en que están comprometidos no es verdaderamente naval. Sus finalidades son las mismas que aquéllas de las fuerzas equivalentes mantenidas por las otras dos instituciones, y están gobernadas por los mismos imperativos operacionales. Cuando el almirante Stansfields Turner escribe sobre la "Misión de Disuasión Estratégica" de la Armada de Estados Unidos, lo hace en términos que podrían aplicarse perfectamente a las fuerzas de misiles y bombarderos de la Fuerza Aérea. Es difícil creer que tal misión pudiese ser naval en el verdadero sentido de la palabra. Además las Marinas estadounidense y británica alegaron al principio que la "Misión Polaris" no es una misión tradicional de la Armada y que por lo tanto no debía ser financiada con los fondos asignados a ésta en el presupuesto de defensa". Los cálculos de los requisitos en misiles o submarinos, por ejemplo, parecerían depender finalmente de los cálculos sobre el balance nuclear, estratégico, no del balance naval. El hecho de que el planificador naval tenga que lidiar ahora con problemas desconocidos y aparentemente no navales de estrategia nuclear y voluntad política, evidentemente hará que su tarea sea más difícil.

¿. . . pero no del todo?

Por convincente que pueda aparecer este argumento a primera vista, se basa en realidad en proposiciones muy discutibles. Aunque el submarino Polaris sea un lobo solitario como se le describe a veces, esto no significa necesariamente que sus actividades sean de carácter no naval. En ambas guerras mundiales, el corsario solitario era una nave sumamente elusiva, determinada a mantenerse así; no obstante sus operaciones eran claramente navales. Pero en todo caso, se exagera al hablar del aislamiento del submarino lanzamisiles.

El hecho de que el disuasivo nuclear en el mar implique actividades que son esencialmente autónomas depende más que nada de que los platillos de la balanza no se inclinen demasiado en favor de la guerra A|S. Incluso dada esta suposición (y podría ser errada, por supuesto) la operación de un disuasivo nuclear en el mar, con su corolario de detección y destrucción de aquél del enemigo, parece incluir ya operaciones convencionales tales como el ataque a los submarinos enemigos para permitir la salida expedita de los submarinos nucleares balísticos y bien puede implicar la limpieza de los puntos de acceso y embotellamiento, mediante actividades similares a aquellas asociadas en días más simples con la conquista o la disputa del dominio del mar. Las operaciones destinadas a apoyar o anular la guerra A|S, sin duda tienen probabilidades de ser innegablemente navales.

Otra razón para la aparente autonomía del disuasivo nuclear deriva de la naturaleza exclusiva de la plataforma que lo lleva. No puede esperarse que los submarinos Polaris realicen cualquier otra función. Pero esto puede ser solamente un accidente técnico y por eso mismo transitorio. Después de todo, durante años una parte importante del disuasivo nuclear estadounidense fue desplegado en portaaviones de la flota, naves adecuadas para muchas otras funciones navales. Con el posible desarrollo del misil de crucero, bien puede volver a presentarse una situación similar en el futuro.

En este caso el argumento contrario podría ser que mientras el portaaviones ciertamente realiza tareas navales, también puede realizar tareas no navales. ¿Podría establecerse, tal vez, una diferenciación en base a la naturaleza de las armas empleadas o los blancos elegidos? Pero esta tentativa de analizar el espectro de la disuasión en el mar por categorías separadas y decir que algunas de ellas son navales y otras no, parece llena de difíciles distinciones y complejidades semánticas. La disuasión se comprende mejor, en todo caso, como un tejido sin costuras que abarca el uso —o la amenaza de usar— todas las formas de coerción, nuclear y no nuclear, en el mar y sobre tierra. La disuasión marítima simplemente consiste en las diversas presiones que pueden ejercerse sobre el adversario por intermedio de las fuerzas nava-

les. Cada parte del espectro, además, sólo puede ser comprendida completamente si es considerada como parte de un todo continuo donde la disuasión marítima general incluye la operación del disuasivo nuclear en el mar.

La disuasión como un todo unificado

La idea de que la disuasión en el mar es un todo unificado tiene varios alcances importantes. Sugiere que las fuerzas que se pretende que la ejerzan deben ser contempladas en una forma similar. En este concepto la fragata de todo propósito y el submarino Polaris son sistemas de armas que deberían ser considerados como complementarios, en el sentido real de la palabra, y no simplemente como rivales que se disputan los escasos recursos en potencial humano, dinero y esfuerzo. Una Marina no será mejor que la eficiencia del equilibrio de sus partes constituyentes. Una flota balanceada debe proveer una mezcla óptima de capacidades, permitiendo que haya suficientes opciones en los diversos grados de escalamiento que el país requiera o que pueda permitirse. Tal flota debería ser el producto de una visión general y una estrategia nacional coherente y no de una racionalización de lo que queda cuando cesa el parloteo burocrático.

Si la disuasión y las operaciones navales están íntimamente relacionadas en todos los niveles de conflicto, entonces las relaciones entre ambas también merecen más consideración de la que normalmente reciben. Las operaciones y la estrategia naval se refieren principalmente a la aplicación de fuerza, mientras que la disuasión concierne a la amenaza de emplearla. El efecto destructivo de las armas nucleares ha provocado un cambio de énfasis, al menos entre las grandes potencias, desde la primera a la última. La introducción de las armas nucleares plantea interrogantes respecto al punto hasta el cual los requisitos de la forma disuasiva de empleo, en guerra o en paz, afectan la realización de las tareas navales conocidas y la importancia de las nociones tradicionales de estrategia en condiciones modernas. Sin embargo, antes que esta pregunta pueda ser contestada debe haber acuerdo sobre lo que realmente son las funciones del poder naval.